

## Claro de Luna

*Lema: “Sombras”*

--¿Qué te pongo?—preguntó el camarero.

-- Una caña de cerveza—respondí yo.

Era tarde, los grillos llevaban sonando desde hacía tiempo. Me encontraba en un bar a las afueras de mi ciudad celebrando a solas mi 20 cumpleaños. El camarero era un viejo amigo de la escuela con ganas de cerrar e irse a casa. Yo, en cambio, quería quedarme un buen rato más, necesitaba hablar. La verdad es que ahogar sentimientos en la bebida no es una gran idea así que decidí abrirme a mi viejo colega del cole para narrar la experiencia que más me ha impactado de las que he vivido, que han sido unas cuantas.

Hace ya cuatro años de aquello y todavía me estremezco al recordarlo ...

Mi padre tenía una frutería familiar en la que le ayudaba desde muy pequeño. Por eso, cuando empecé el bachillerato lo tuve que hacer en “el nocturno”. Esto hacía que volviera muy tarde a casa y siempre de noche. Estaba empezando primero de bachiller cuando, una noche fría, mientras hacía mi ruta de siempre, vi algo inusual en una casa que, hasta entonces, había aparecido a oscuras. Bueno, primero lo escuché. Cuando me acercaba a aquella casa antigua de la esquina, con las ventanas bajas tapiadas escuché los acordes de, lo que más tarde, identifiqué como el “Claro de Luna ” de Beethoven. Entonces, casi sin darme cuenta, alcé mi vista buscando la sonata y pude ver que, en el segundo piso, una luz amarillenta jugueteaba con una sombra. ¡No .... la sombra bailaba! Aquella sombra se movía al son de la música y, a ratos, podía ver claramente la sombra de una cabeza femenina coronada por un moño alto y vestida con algo muy ajustado, posiblemente una malla. De hecho, si me concentraba podía ver la ondulante forma de un tutú. Era tarde, hacía frío, y aunque me pareció un poco extraño no le di mayor importancia y seguí mi camino mientras la música se ahogaba con el sonido de mis pasos.

Al día siguiente me sorprendió que cuando llegaba a la esquina volvió a sonar la misma sonata y mi *nueva amiga* realizó la misma actuación que la noche anterior. Por un instante pensé que debía tratarse de el ensayo de aquella pieza de música para ser representada delante de un público, ya que aquella sombra, asumía las mismas características que una bailarina de ballet profesional. Pero luego recapitulé y dije para mis adentros ¿en una casa abandonada?. Esta corazonada hacía que cada vez me interesara más por aquella oscura silueta femenina.

Cuando llegué a casa, mis padre ya había hecho la cena y los dos me esperaban sentados en la mesa. Cuando acabamos y mientras mi madre recogía, me apresuré a preguntarle: --¿Oye mamá, tu sabes si alguien se ha mudado a la vieja casa de la esquina?—pregunté aparentando desinterés.

--No cariño, esa casa tiene un montón de problemas arquitectónicos y ninguna inmobiliaria la quiere ya que saben que será imposible venderla. Hasta he oído que estaban pensando en derribarla para sacar provecho del terreno.

--¿Por qué me le preguntas?—me preguntó.

--Naaah, es que me pareció ver luz—contesté yo para evitar sospechas.

Noté cómo mi madre paraba en seco de meter cacharros en el lavavajillas y se giraba lentamente:

--¿Luz?

Me di cuenta que se había puesto muy seria y tensa.

--Oye cariño—me dijo con una voz que pretendía ser amable y sonó muy falsa-- ¿sabes que existe una ruta más corta para llegar a casa?

--¡Claro!, pero es que me gusta venir por el parque. ¿Pasa algo?

-- Eeeeh ... no. Es que no me gusta que andes solo a estas horas. No me acostumbro a que mi niño se haga grande. ¡Ojalá fueras Peter Pan!—y me soltó un sonoro beso en el moflete.

Aquella noche no oí los típicos ronquidos de búfalo de mi padre. Les oí hablar hasta muy tarde y en voz muy baja.

Al día siguiente conté las horas que me quedaban para volver a ver a mi fantasmal amiga. Cuando sonó el timbre recogí todo rápidamente y casi corrí por los pasillos del insti para salir cuanto antes. Afuera me esperaba mi padre con una sonrisa forzada y el coche en marcha. La cara que se me quedó fue tan explícita que mi padre se apresuró a echarle la culpa a mi madre:

--Hijo, donde manda patrón no manda marinero. Monta majete.

Llegamos a casa y fui enseguida a preguntar al patrón por qué había mandado al marinero con su coche.

-- Mamá ... se supone que puedo venir solo a casa, ¿no? Ya tengo 16 años y mis amigos, TODOS, van solitos a casa. Esto no será por lo de la luz en la vieja casa, ¿verdad?

-- Alonso, siéntate. Tenemos que hablar.

-- Mira hijo, esa casa lleva cerrada lo menos veinte años. Si hay luz puede haber okupas, o drogadictos o qué se yo y...

--Tranqui, mamá ... si eso te pone nerviosa vuelvo por el otro camino y listo, ¿vale?.

Pero no me mandes a papá que no quiero ser el tonto del insti.

--Vale. Si es así, hijo, no tengo inconveniente.

Esa noche ... tampoco hubo ronquidos.

Al día siguiente, al salir del instituto y asegurarme de que ni mi padre ni mi madre andaban por allí, retomé el camino prohibido. Al llegar a los alrededores de la casa comencé a oír esas notas de piano que ya me conocía perfectamente. Esta vez llevaba unos prismáticos. Me puse detrás de un árbol para mirar sin que me viese mi bailarina y enfoqué. La coreografía seguía siendo la misma respecto al primer día y lo único que podía ver era la sombra. Ni rastro de la persona. Esto ya me preocupaba un poco más, pero la curiosidad me podía así que tomé la decisión de entrar en la casa. Pero claro, tenía que buscar una excusa para que mis padres me dejaran llegar más tarde y no se preocuparan. Mira tú por dónde mañana iba a tener que hacer un trabajo de literatura sobre un libro de Zafón aunque fuera para el final del trimestre.

Cuando me fui para el instituto al día siguiente en la mochila llevaba una linterna y “El príncipe de la niebla”. La linterna la iba a utilizar ... el libro no.

Lo primero que pensé antes de entrar fue buscar un agujero en la valla que rodeaba la vieja casa. Cuando lo encontré me tuve que arrastrar para poder llegar al patio trasero. Había hecho pellas de las dos últimas horas para entrar en la casa cuando todavía era de día y cuando llegué a la puerta de atrás no sonaba ninguna música. La cerradura de la puerta estaba rota y empujando y entre chirridos pude entrar a un pasillo muy oscuro. Encendí la linterna.

El pasillo tenía las paredes cubiertas de un horroroso papel viejuno con unas flores feísimas. El suelo, de madera, crujía a cada paso que daba. Al fondo, se veían unas escaleras oscuras que subían al piso superior. Cuando comencé a subirlas un estremecimiento me subió por la espalda. Con su tempo lento el “Claro de Luna”

comenzaba a sonar. A cada paso que daba más cerca lo oía y más fuerte me latía el corazón.

Ya, en el piso superior pude ver un pasillo similar al de la entrada. Había cuatro puertas, dos a cada lado y todas estaban oscuras menos una. Por debajo de la puerta se veía un resplandor amarillo. Ese amarillo que yo tan bien conocía. Me acerqué lentamente mientras el miedo me impedía respirar. La música sonaba cada vez más alta. Tomé aire y con la mano temblorosa llamé a la puerta que, al instante cedió y comenzó a abrirse. Dentro la música sonaba como si hubiera una pequeña orquesta y en la pared la sombra clarísima de una bailarina delgada y perfecta bailaba sin que sonara ningún ruido. De repente, una mano blanquísima y helada se posó sobre mi nuca y todo desapareció a mi alrededor.

Cuando volví a abrir los ojos lo primero que vi fue a mi padre sentado en un sillón azul de los del médico. Rápidamente se acercó a mí mientras llamaba a mi madre que estaba en el servicio.

--¡Alonso, hijo mío!—me dijo con la voz llorosa-- ¿Cómo te encuentras?

--¿Qué ha pasado, papá?, ¿dónde estoy?

--Te encontramos en la vieja casa de la esquina. Tenías un golpe fuerte en la cabeza.

¿Cómo se te ocurrió meterte allí?

-- ¿Y la bailarina?

-- Alonso, allí no había nadie. La habitación estaba vacía y solo estabas tú tirado en un charco de sangre.

-- Alonso, cariño—me dijo mi madre cogiéndome la mano – tú, desde muy pequeño, has visto y oído cosas que el resto de la gente no oye o no ve. Por eso no quería que fueras por el camino de la casa vieja. Hacía muchos años que no veías señores extraños paseando a nuestro lado o a la señora Remigia sentada a los pies de tu cama. Hijo, tienes que prometerme que no volverás a meterte en ningún sitio raro sin avisarnos. No es que seas el tonto del insti ... eres, probablemente el que ve cosas que los demás no ven y por eso hay que vigilar dónde te metes. ¿Lo entiendes, mi vida?

--Sí mamá. Ahora lo entiendo—dije recordando la dulce cara de la señora Remigia que se sentaba en mi cama con su pañuelo negro en la cabeza y la sonrisa de una abuela que nunca tuve. Gracias a ella me dormía tranquilo todas las noches y durante años pensé que mi madre la conocía porque cuando hablaba de ella asentía y luego me abrazaba.

--Mamá, papá, allí había una bailarina que, todas las noches cuando pasaba por delante de la vieja casa, bailaba el “Claro de Luna” de Beethoven. ¿Me creéis?

Los dos se miraron.

--Claro que sí hijo—dijeron los dos a la vez.

--¿Hasta cuándo tengo que estar aquí?—pregunté mientras me tocaba el vendaje de la cabeza con mucho cuidado.

--El golpe que tenías en la cabeza ha sido muy fuerte, ya llevas aquí dos días. Otros dos días más, seguro.

--Vale. Siento mucho daros este disgusto. Os quiero mucho y no quería asustaros. Pensé que podría conocerla. Jo... ¡teníais que haberla visto bailar!. Era como un ángel.

Aquella tarde, cuando mis padres se fueron, la enfermera me recomendó que diera paseos por el pasillo para ver si no me mareaba o si notaba algo raro al andar. Así que, como un chico obediente, comencé a andar agarrándome a una especie de barandilla de madera que seguía toda la pared y que solo se interrumpía por las puertas de otras habitaciones. El primer paseo no fue muy bien y me mareé bastante. Después de cenar lo volví a intentar y ya no me mareé. Iba y venía por todo el pasillo. Ya era de noche cuando al llegar a la habitación del fondo y dar la vuelta se me heló la sangre. El “Claro de Luna” se oía perfectamente a través de la puerta. Durante unos segundos dudé pero algo dentro de mí me decía que tenía que abrir aquella puerta así que lo hice. Dentro todo estaba oscuro excepto una luz blanca muy tenue que iluminaba una cama detrás de un biombo. No había nadie ... excepto en la cama. La música venía, también de detrás del biombo. Me acerqué. Cuando di la vuelta al biombo, desde los pies de la cama pude ver a una mujer tendida, con los ojos cerrados. Era muy guapa y tendría unos treinta y tantos años. Sobre la mesita un Mp4 conectado a un altavoz pequeñito reproducía la sonata que me había traído hasta el hospital.

--Es mi hija—dijo una voz a mi espalda.

Me volví rápidamente y vi a una señora mayor que me miraba con una dulzura inmensa.

--¿A que es guapa?

--Sí señora—le dije un poco incómodo por la situación—perdone que haya entrado sin permiso. Oí música y ni lo pensé. Espero no haberla molestado ... y tampoco a ella—dije señalando a la mujer de la cama.

--¡Uy, hijo!, ¡qué va! Mi niña y yo llevamos casi veinte años aquí. Yo vengo todos los días para que no se sienta sola, aunque los médicos ya hace años que me dijeron que ella no sentía nada. Que nunca despertaría. Mi marido, que en paz descansa, donó varios

millones de las antiguas pesetas para la construcción de este hospital y, a cambio, ellos se comprometieron a cuidar de mi Elena para siempre. Pero claro, después de dos décadas solo su mami la sigue visitando y hablándole todos los días, ¿verdad, mi niña?

--¿Le molesta que le pregunte por qué está su hija aquí y por qué no se despierta?

-- En coma. Dicen los médicos que está en coma. Una especie de sueño permanente y profundo del que muy pocos se despiertan. Yo todavía espero el momento en que mi niña abra los ojos. Una madre nunca abandona—y acto seguido se dirigió a la cabecera y la besó en la frente mientras le acariciaba el pelo.

-- Elena es bailarina. Con dieciséis añitos se la disputaban las compañías de ballet como si fuera una estrella de las de la tele. Un día, mientras bailaba el “Claro de Luna” de Beethoven, que es la música que has oído, resbaló y cayó de espaldas golpeándose la cabeza. Desde entonces está así y, también, desde entonces yo le pongo el “Claro de Luna” más o menos sobre la misma hora en que tuvo el accidente por si así puedo conseguir que encuentre el camino de vuelta desde el mundo de los sueños. ¿Cómo te llamas?, ¿cuántos años tienes?

--Alonso, me llamo Alonso. Y tengo 16 años.

Sonrie.

--La misma íque mi Elena cuando se cayó.

--¿Y usted?

-- Hijo, preguntar la edad a una señora está muy feo—me dijo mientras me guiñaba un ojo y yo me ponía colorado.

--Eeeer ... no, no. Quería decir que cómo se llamaba.

-- Maribel

--Encantado, Maribel—le dije con una sonrisa.

--Encantada, Alonso – me respondió desde la cabecera de la cama mientras acariciaba a su Elena.

--Bueno, tengo que irme que me mareo cuando llevo un rato levantado.

--Gracias Alonso por esta visita tan agradable. Las dos te lo agradecemos. Esperamos verte pronto.

Asentí y me marché mientras notaba que la cabeza me empezaba a dar vueltas. Llegué justito para tumbarme y notar cómo el sueño me invadía llevándome al mundo de Elena. A la mañana siguiente desperté lleno de energía. Bromeé con las enfermeras cuando me trajeron el desayuno y estuve atendiendo las visitas de amigos y familiares. Cuando

llegó la hora de la comida le pregunté a la enfermera por la paciente de la última habitación.

--Elena, sí, la del coma—me dijo una enfermera ya bastante mayor y con el pelo blanco—pobrecita. Yo ya trabajaba aquí cuando ingresó hace ya casi veinte años. Un accidente terrible. Resbaló y cayó mal. Fíjate. Una caída y toda la vida a la mierda. Al principio venía mucha gente a verla, incluso un noviete que tenía. Luego solo vino su madre todos los días. Maribel se llamaba.

--Se llama-- corregí yo mientras destapaba la sopa de pollo y la removía con la cuchara buscando los fideos.

Me miró extrañada.

-- Su madre murió hace ocho años, Alonso.

La cuchara se quedó clavada en el cuenco de plástico y durante unos segundos estuve tentado de pegar un grito. Rápidamente recordé a Remigia y supe que, como siempre, tendría que callar. Hay cosas que la gente no debe saber sobre todo cuando vienen a trabajar todos los días.

--¡Ah, claro!, es verdad. Se llamaba. Esto de los golpes en la cabeza no va bien con los tiempos verbales—sonreí.

Ella sonrió. Asunto resuelto.

Mi amigo me mira incrédulo. Duda si he bebido más de la cuenta.

--Jorge – le digo—ya sabes que yo no bebo.

--¡Puff, tío!, no me cuentes estas cosas que luego sueño.

--Va. Cóbrate la caña.

--Naaah, es tarde y la casa invita, Alonso.

Le doy las gracias y, como cada tarde me dirijo a mi cita ineludible. Elena me está esperando, tan guapa como siempre. Desde que la visito todos los días no he vuelto a ver a Maribel. Tengo la sensación de que necesitaba el relevo y que por eso estoy aquí. La beso en la frente y le acaricié como hacía el fantasma de su madre mientras, juntos, escuchamos música. Ya hace dos años que decidí cambiar y ponerle otra música. Creo que en el fondo lo agradece si sigue ahí adentro detrás de esos labios perfectos que nunca me han hablado.

Mientras estoy sentado al borde de la cama, seleccionando la música, un sentimiento que creía olvidado me invade como una corriente eléctrica. La misma mano helada que

me acarició la nuca y me trajo al hospital me acaba de acariciar suavemente, otra vez, la nuca. Me vuelvo muy lentamente ...

--Aa...lon...ssso—dicen los labios que nunca creí que hablarían mientras unos ojos negros y profundos me miran como nadie me ha mirado jamás.

--¡Elena!—le replico mientras los ojos se me llenan de lágrimas.

Ella sonrie.